



<<Domini est Assumptio nostra>>

## ATENCIÓN Y FIDELIDAD A LA ORACION

### *MADRE MARIA EUGENIA, Noviembre, 2 - 1873*

Mis queridas hijas:

Pensaba yo esta mañana que para practicar, lo que, sin cesar, se os pide, la regularidad, el silencio, la humildad, el buen espíritu, ayudar a las niñas a seguir una vida cristiana, y para llevar una vida religiosa, siempre igual, es indispensable, ante todo, un medio. Y ¿cuál será ese medio? Sin duda, la oración.

Pero no vayáis a creer que la oración consiste en añadir fórmulas extraordinarias a las que ya se recitan. Esto no siempre sería posible. Pero si pusiéramos mucha atención en las oraciones que ya se rezan, conseguiríamos un tesoro inmenso en el cielo. Y precisamente sobre esto quiero exhortaros hoy, para que trabajéis en ello con el mayor esfuerzo posible.

La oración es, en realidad, el fondo de nuestra vida. Se da el corazón a Dios al despertar; se reza vistiéndose; después se hace la oración en la capilla y se oye la Santa Misa. Las hermanas recitan el Oficio. Decís el \*Angelus\*, el \*Benedicite\*, etcétera.

Sería necesario, mis queridas Hijas, examinar a menudo la mucha o poca atención que aportamos a todas nuestras oraciones y tratar, en lo posible, de aumentar esta atención todos los días. No digáis las oraciones maquinalmente, sino de corazón, como lo aconseja San Agustín en la Regla: \*Cuando oráis a Dios, recitando los Salmos y los Himnos, medita en vuestro corazón lo que los labios pronuncian\*. Si es el \*Pater\* prestad mucha atención a las palabras (que Cristo mismo enseñó), a las peticiones que contienen y entusiasmaos, con todo vuestro corazón. Lo mismo cuando rezáis el \*Ave Maria\* o el \*Credo\*, penetraos siempre del profundo sentido de las palabras que pronunciáis.

No quiero meterme en la conciencia de cada una, pero creo poder decir que esta atención, cuando se reza, falla con mucha frecuencia. Si se hiciesen más actos de amor durante el Oficio, se uniesen a las palabras de los Salmos aspiraciones ardientes de amor, si se pidiese a Dios constantemente sus gracias y su ayuda, se obtendrían muchas más gracias en las casas religiosas y Dios concedería socorros mucho más numerosos.

Fijaos en los antiguos religiosos; apenas si hacían más que recitar el Oficio, pero lo decían lentamente, y durante las pausas se mantenían en íntima unión con Dios, pidiéndole todo

cuanto necesitaban. Tampoco en las antiguas Reglas se precisa una hora fija para la oración y, sin embargo, la oración se hacía, puesto que dice San Antonio que es perfecta y extraordinariamente buena cuando se olvida uno de sí mismo para pensar sólo en Dios.

Pero, para estos antiguos monjes, la oración era un estado del alma que provenía del rezo del Oficio. Era el Oficio, el origen de la profunda unión con Dios, que tenían los santos Benedictinos y los de San Bernardo, etc. En las Reglas de las Ordenes religiosas, hasta el siglo XVI o XVII, no se encuentra precisada una hora para la oración. Los Trapenses sintieron mucho que entre ellos se introdujese media hora de oración todos los días, porque esto no se encontraba en la primitiva Regla.

En la Regla de Santo Domingo se encuentra muy poco tiempo fijado para la oración; la reemplaza el rezo del rosario porque pensando en los Misterios del rosario y considerando las palabras que meditaban era fácil unirse a Dios.

Para nosotras, Hermanas mías, que podemos unir a nuestros rezos el tiempo para la oración, ¡qué cuidado deberíamos tener, qué atención debería ser la nuestra, para aprovechar bien ese tiempo! Admito que alguna vez sea trabajoso el hacer la oración, que se encuentren distracciones, sequedades, aridez, pero todo esto entra en el designio de Dios; es una prueba que El envía: uno de los trabajos que tenemos que aceptar en la vida espiritual.

Por nuestra parte, pongamos mucha atención, para que las distracciones no vengan por nuestra negligencia. Si la imaginación divaga y se la deja divagar, si no se toma con entusiasmo el trabajo de pensar en Dios y unirse a El, se pierde el tiempo lastimosamente. Entramos en la capilla; de rodillas o sentadas, parece que estamos en actitud de orar: las manos juntas, pero la imaginación, ¿dónde está?: muy lejos, no solamente por flaqueza humana, sino por la negligencia de nuestra voluntad.

Y, sin embargo, Hermanas mías, la oración es absolutamente indispensable para todo; mediante ella se vencen las dificultades, se rechazan las tentaciones, se atrae a las niñas y es una gran ayuda para practicar las virtudes. Por eso os exhorto para que todas vuestras oraciones, sin excepción, salgan del fondo del corazón y se reciten con la mayor atención posible. Me sentía apremiada a hablaros de esto, porque creo que es el gran remedio que lo arregla todo.

No se debe rezar exclusivamente por uno mismo; se debe pedir también por los demás: por los que sabemos que tienen dificultades y por aquellos con quienes no congeniamos y, como dice el autor de la *\*Imitación\**: *\*Debemos ofrecer nuestras plegarias por aquellos que hemos agraviado, escandalizado, turbado, y también por los que nos han ofendido, entristecido, censurado o nos han hecho algún daño o nos han tratado injustamente.\**

Si hacemos esto, mis queridas Hijas, veréis cuántas dificultades se arreglan; lo mismo las que ocasionamos nosotras a los demás, por nuestros defectos o por el mal ejemplo, que aquellas que provienen de las imperfecciones del prójimo y que nos detienen ¡con tanta frecuencia! en los mutuos contactos de la vida religiosa.